

Una propuesta editorial para la modernidad: El Tesoro de la Juventud o Enciclopedia de Conocimientos de la Editorial W. M. Jackson

Elida Sonzogni

Estudios del ISHiR, 18, 2017, pp 110-134. ISSN 2250-4397

Investigaciones Socio Históricas Regionales, Unidad Ejecutora en Red – CONICET

<http://revista.ishir-conicet.gov.ar/ojs/index.php/revistaISHIR>

Biblioteca digit@l

(textos originales en un nuevo formato)

Una propuesta editorial para la modernidad: *El Tesoro de la Juventud o Enciclopedia de Conocimientos de la Editorial W. M. Jackson**

Elida Sonzogni (CESOR-ISHiR/ Universidad Nacional de Rosario)

Las transformaciones que la Argentina experimenta con progresiva celeridad a partir de las primeras décadas del siglo XX, cuya índole sobrepasa los vaivenes de la esfera económica, los significativos cambios en el sistema político y la emergencia y expansión de la conflictividad social constituyen los parámetros que otorgan una particular significación a ciertos fenómenos de carácter cultural generados simultáneamente, tales como la conformación de políticas universalizadoras de saberes elementales, a las que se superimponen proyectos emanados de una sociedad civil cada vez más compleja y proclive a la especialización de funciones, aumentando la eficiencia de la división social del trabajo. En tal contexto, el interés perseguido se dirige a examinar un particular emprendimiento que contribuye a un campo cultural específico, vinculado a una intencional operación de divulgación del conocimiento de carácter enciclopédico a través de colecciones, manuales, revistas, antologías, boletines y otros formatos impresos de sostenida circulación. En el caso que nos ocupa, se trata de una colección de veinte volúmenes destinada a un público infanto-juvenil, que da respuesta desde estos nuevos campos del saber a las acciones sistemáticas que, desde la política educativa, prescribe el Estado argentino reproduciendo experiencias ya desplegadas en otros espacios de América Latina.

Si bien la intencionalidad del proyecto propone ubicarse en el “contexto de producción” de este tipo de material bibliográfico dirigido al gran público, la tarea requiere alcanzar un conjunto de certidumbres previas. En primer lugar, ubicar con exactitud el momento del lanzamiento editorial analizándolo en su contexto histórico específico; en segundo lugar y a partir de ese punto clave, conocer otras ofertas editoriales del mismo tenor y sus rasgos específicos. Una tercera área de aproximación radica en la propia figura del editor ya que, como lo manifiesta Pierre Bourdieu, “es el que tiene el poder totalmente extraordinario de asegurar la *publicación*, es decir, de hacer acceder un texto (...) a la existencia *pública*, conocido y reconocido”¹. Es desde esta perspectiva que interesa develar las

*Capítulo publicado en FERNÁNDEZ, Sandra y NAVARRO, Fernando (comp.), *Scribere est agregre. Estanislao Zeballos en la vorágine de la modernidad argentina*, Quinta Pata & Camino Ediciones, Rosario. 2011

¹ BOURDIEU, Pierre *Intelectuales, política y poder*, Eudeba, Buenos Aires, 2000, p. 223.

estrategias puestas en funcionamiento por la firma editora, sus fuentes de financiamiento, sus campañas publicitarias y sus vinculaciones con el poder político y el mundo letrado, es decir, la totalidad de los *dispositivos institucionales* que se ponen en juego en este proceso de *transferencia de capital simbólico*. Finalmente y parafraseando la convocatoria de las “ferias del libro”, recorrer el trayecto del autor al lector, cuantificar y calificar el mercado de lectores de la obra, los usos institucionales que ella tiene tanto en el sistema educativo formal cuanto en las entidades civiles, como bibliotecas populares, colectividades, vecinales y otras versiones del asociacionismo. En definitiva, el interés central que subyace es alcanzar a descubrir los mecanismos en cierta manera análogos que conducen –con alguna simultaneidad– a “crear al lector” al igual que “crear al elector”.

Pero más allá de estas intenciones mediatas, esta presentación se propone reconocer la construcción de una red de relaciones sociales preexistentes en ese campo intelectual en formación, que posibilita la legitimación de estos notables, a través de su selección y de su participación en la empresa. Es precisamente su injerencia en ella, la que induce a detectar los procedimientos utilizados para establecer una división de funciones (tanto de conducción como de ejecución de la obra) todo lo cual facilita descubrir los mecanismos habituales en la generación así como en el aprovechamiento de aquel capital simbólico. Desde esta perspectiva, compartimos la trayectoria de buena parte de las tradiciones historiográficas pero también de las más modélicas provistas por el desarrollo de otras ciencias sociales en nuestro país. Líneas interpretativas que coinciden en afirmar que la emergencia de la Argentina moderna se sitúa a partir de las últimas décadas del siglo XIX y primeras del siglo XX. Los pioneros trabajos de José Luis Romero o de Gino Germani, por citar a las figuras que condensan aquellos aportes, han sido revisitados y continuados en los espacios profesionales en torno a las características asumidas por la cultura argentina. La influencia del positivismo como ideología de estado levantada y vigorizada durante el denominado *régimen oligárquico*, la formación de campos culturales, la emergencia de una opinión pública en consonancia y correspondencia de la ampliación y sistematización de una esfera pública, la intervención de las elites intelectuales en la organización de la cultura son los territorios privilegiados para inscribir –en torno a un problema específico– nuestras propias hipótesis de trabajo². Tras la puesta en cuestión sobre el movimiento positivista argentino compilado por Hugo Biagini que ofrece una visión panorámica y no por ello

² Sin pretender agotar el inventario, el registro incluye, entre otros, los aportes de BIAGINI, Hugo –compilador– *El movimiento positivista argentino*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1985; PRIETO, Adolfo *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Sudamericana, Buenos Aires, 1988; ZIMMERMANN, Eduardo *Los liberales argentinos*, Sudamericana/Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 1995; ALTAMIRANO, Carlos y SARLO, Beatriz “La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos” en *Ensayos Argentinos*, Ariel, Buenos Aires, 1997; TERÁN, Oscar *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo(1880-1910)*, FCE, Buenos Aires, 2000; MONSIVAIS, Carlos *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*, Anagrama, Barcelona, 2000.

superficial y constituye el trasfondo ideológico del pensamiento dominante, el texto de Prieto aporta un diagnóstico preliminar acerca de las características del mercado editorial desde la década de 1880. Sus advertencias imponen las condiciones posibilitantes, pero también los límites en cuanto a la composición del universo de lectores. Si bien descuenta que “el nuevo lector fue un producto de la estrategia de modernización emprendida por el poder público” reconoce que se hizo efectivo a través de “un proyecto educativo más generoso en sus enunciados que en los recursos con que podía llevarlos a cabo”. El clima de ideas de la época, donde la festividad del Centenario se conjuga con la nada jubilosa cuestión social es elaborado tanto en el libro de Eduardo Zimmermann –particularmente en torno al rol de los intelectuales reformistas– cuanto en el de Altamirano y Sarlo en tanto condensación de rupturas y continuidades que jalonan el fenómeno modernizador en la Argentina. De la misma manera, Oscar Terán selecciona miembros reconocidos de la intelectualidad porteña como pretexto de examinar lo que él prefiere denominar “cultura científica”, por sobre el pensamiento positivista como expresión del discurso dominante de la elite dirigente de esos años. Trasponiendo las fronteras, pero en clave latinoamericana, Carlos Monsivais recurre a artilugios provocativos para examinar los desplazamientos de las concepciones intelectuales latinoamericanas entre 1880 y 1920 y declara que en ese lapso, “a los liberales, profetas de la democracia y la tolerancia, los suceden en el ámbito cultural escritores que combinan dos augurios: ‘la libertad por el espíritu’ (la cultura) y el estreno de sensaciones y actitudes, el *nouveau frisson* y la búsqueda de una nueva occidentalización cultural”. No es ajena a similares caracterizaciones, la producción en torno a la conformación de campos literarios y su correspondiente público, así como los proyectos editoriales que jalonan el mismo periodo³. En relación con la temática abordada, surgen las mismas preocupaciones en cuanto al interés por indagar las etapas más tempranas en las cuales se forjan los materiales y actores involucrados: a la par que el proceso de profesionalización del escritor, se advierten también otros fenómenos, como una creciente organización de “cofradías” literarias –particularmente visibles a partir de la circulación del *Azul* de Rubén Darío– la aparición tanto del periodismo cultural como de las revistas literarias –bajo los cánones que recrean formatos ya ensayados en Europa– así como las progresivas redefiniciones en torno al concepto de cultura, las que van a entrañar no pocas controversias. Si por una parte se lo limita al universo donde imperan las “bellas letras” y las “bellas artes”, dando como resultado una cultura ilustrada que se constituye en patrimonio pero también en atributo de las elites, por otra, los avances teóricos alimentados desde la investigación antropológica amplían su significación tanto en sus reservorios como en sus productores, productos y destinatarios. La totalidad de

³Cfr. RIVERA, Jorge *El periodismo cultural*, Paidós, Buenos Aires, 1995; *El escritor y la industria cultural*, Atuel, Buenos Aires, 1998; EUJANIAN, Alejandro *Historia de las revistas argentinas*, Asociación Argentina de Editores de Revistas, Buenos Aires, 1999; DE DIEGO, José Luis –director– *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2000)*, FCE, México, 2006.

los autores coinciden asimismo en articular estas novedades o renovaciones con la emergencia del mercado editorial. En este sentido, su surgimiento corresponde al crecimiento del universo de lectores. Precisamente, la coexistencia de ambos campos culturales –el ilustrado y el popular– deriva hacia otra significación a partir de la cual, “una producción cultural ya no se podía definir en oposición a la cultura letrada, porque formaba parte de ella, dirigida a un público amplificado, ligada a medios masivos y subordinada a la lógica del mercado. El significado del término ‘popular’ empezaba a aproximarse y superponerse al de ‘comercial’”⁴.

Una escueta referencia a los colaboradores de la obra

Los primeros acercamientos al *Tesoro de la Juventud* provienen de dos tipos de motivaciones. En este sentido, quizás es conveniente explicitar las personales, las cuales se inscriben en mi propia experiencia de vida, que encontró en dicha colección, el primer disparador de una vocación temprana por la problemática social en general, y por la disciplina histórica en particular. Por otra, y quizás en la misma clave, la desazón que produce la continua y generalizada verificación del deterioro de las condiciones con las cuales las jóvenes generaciones ingresan a la enseñanza superior universitaria. Los nuevos estudiantes carecen de una información adecuada para enfrentar –si no con éxito, por lo menos con pertrechos defensivos– el mundo real. A través de diversos mecanismos –la preeminencia de las estrategias didácticas sobre los contenidos, los recursos tecnológicos o mediáticos en desmedro del pensamiento razonado, la retórica discursiva vacía y empobrecida que se manifiesta tanto en la expresión escrita como en la oralidad– estos jóvenes han sido expropiados además, de su capacidad de razonamiento, de su percepción crítica, de aquellas operaciones reflexivas que ayudan a distinguir, asociar, confrontar, diferenciar, cuestionar, lo que se da en la realidad material, tangible y comprensible. En consecuencia, una mirada retrospectiva a un clima de ideas y a voluntades políticas diferentes puede entonces constituirse en el artefacto cognoscitivo adecuado para aportar iniciativas que se orienten a recuperar el sentido instrumental pero también humanista de nuestra educación pública.

La colección mencionada está editada por la firma W. M. Jackson que extiende su presencia –en las primeras décadas del siglo– a distintas capitales del mundo occidental (Londres, Madrid, Nueva York, Buenos Aires, Montevideo, Santiago y La Habana) y, por las escasas noticias que se tienen acerca de su publicación (no figura en ninguno de sus tomos el año de edición, por ejemplo), reproduce en estos ámbitos un tratado similar ya difundido en habla inglesa. Para la misma época, el mercado editorial orientado a los segmentos demográficos de la infancia y la adolescencia encuentra una propuesta similar de origen galo. *L'Encyclopedie de la Jeneusse. Qui? Pourquoi? Comment?*, lanzada por la casa

⁴ PASTORMERLO, Sergio “1880-1889. El surgimiento de un mercado editorial”, en DE DIEGO, José Luis –director– *Editores y políticas* (...), cit., p. 2.

editora y librería Larousse de París, procura iguales usuarios y acude a similares estrategias publicitarias. El subtítulo encierra las necesarias respuestas a las preguntas habituales y a la vez frecuentes de los niños acerca de los “qué”, “por qué” y “cómo”, en torno de cuestiones y problemas que les resultan dilemáticos. Asimismo, organiza el cúmulo informativo alrededor de ejes temáticos desarrollados en once secciones: “La tierra donde vivimos”; “La vida y la salud”; “El libro de la naturaleza”; “Todos los países”; “Los grandes viajes”; “Páginas para leer y recordar”; “Qué?, por qué?, Cómo?”; “Cosas que es necesario conocer”; “Hombres y mujeres célebres”; “Historias, cuentos y poemas”; “Juegos, trabajos y ocupaciones”. No obstante, esta prioridad respecto a quienes se acerquen a consumir los diversos contenidos, la obra –prevista en ocho volúmenes– no descuida al lector adulto, para el cual también están dirigidos esos temas, aun cuando el lenguaje empleado mantenga la claridad necesaria a la lectura infantil. Esta adaptación obliga a la búsqueda de especialistas con la formación y experiencia pedagógica suficiente para alcanzar aquellos logros.

La edición local del *Tesoro de la Juventud* tiene también en cuenta la necesidad de una convocatoria que reúna algunas condiciones peculiares: por una parte, la inclusión de figuras ameritadas en los campos de incumbencia de la producción científica, literaria o artística; por otra, que ellas pertenezcan a los cenáculos intelectuales respectivos ofrecidos por la cultura latinoamericana. Esa decisión editorial conduce a un genuino arquetipo del positivismo argentino –Estanislao Zeballos– quien resume en su propia formación universitaria el binomio comteano de “orden y progreso”. Graduado como abogado y con estudios teórico-prácticos en el campo de la ingeniería, Estanislao Zeballos exhibe un *cursus honorum* cuya lectura sugiere la enredada simbiosis de hombre de ciencia y hombre público. Jalona su trayectoria estudiantil durante los años 1870, promoviendo a diversas instituciones, tales como la Sociedad Científica Argentina o el Instituto Geográfico Argentino (el cual terminará siendo el Instituto Geográfico Militar) o elaborando un proyecto de creación de un museo de ciencias naturales, apoyando y participando en exploraciones geográficas, campañas arqueológicas o paleontológicas, transitando al mismo tiempo los corredores de la política parlamentaria y de gabinete, hasta obtener una reconocida –aunque controvertida– actuación en la cancillería argentina o en misiones diplomáticas a él confiadas. Convocado por Ezequiel Gainza Paz, propietario de *La Prensa* conjuntamente con otros intelectuales, crea y dirige el Instituto Popular de Conferencias, auspiciado por la empresa periodística. De algún modo, las referencias aclaratorias seleccionadas por la Editorial Jackson evidencian su carácter egregio: “de la Universidad de Buenos Aires, Doctor en Derecho, Publicista, Diputado Nacional, ex Ministro de Estado, etc., etc.”, razones por las cuales se justifica su responsabilidad como “compilador, consultor, autor de la Introducción y de la parte de la República Argentina”. Junto a esta polifacética figura de nuestra intelectualidad de principios de siglo XX, componen el cuerpo de colaboradores especiales un nutrido grupo de representantes de la cultura letrada latinoamericana. Los países proveedores de

tales celebridades son –además de Argentina– Uruguay, Chile, Perú, Cuba y México, sin quedar ausente el modernismo español, aportando una figura como la de Miguel de Unamuno, integrante de la generación de 1898 que, como Rector de la Universidad de Salamanca, puede encuadrárselo todavía en los cánones prescriptos por el racionalismo y el positivismo. Otro nombre que cobra trascendencia en las letras latinoamericanas lo constituye sin duda, José Enrique Rodó, considerado como el máximo exponente de la prosa latinoamericana que diera el movimiento modernista. Completan el staff de especialistas otro uruguayo, Abel José Pérez, intelectual vinculado al Ateneo del Uruguay desde su juventud, con reconocida actuación tanto en la esfera educativa de la república oriental, como en el periodismo, fundando *El Tribuno* de Salto y siendo redactor de *El Día* de Montevideo. Su carrera política lo incorpora a labores parlamentarias como diputado y senador en el Congreso Nacional pero también, tras el golpe de estado del general Tajes, lo conduce al exilio en Argentina, en 1898. Desde 1900, ocupa la cartera educacional en el país, desempeñándose en ella al momento del lanzamiento editorial; Alberto Edwards, historiador y político chileno quien se inscribe en el pensamiento historiográfico conservador del republicanismo, diferenciándose de los historiadores académicos, enrolados en interpretaciones más liberales. A su costado intelectual agrega importantes antecedentes en el funcionariado de Chile y es su desempeño como Ministro de Hacienda del país trasandino lo que justifica además su inclusión en el equipo del Tesoro; el representante del Perú es un abogado, Paulino Fuentes Castro, director del Diario Judicial de Lima; el de Cuba es un ex catedrático de la Escuela Normal de La Habana, Ismael Clarck y Mascaró, de compleja trayectoria. Nacido en 1876, se inicia en los estudios sacerdotales, a los cuales abandona en los momentos previos a la guerra de independencia sostenida por Cuba contra España. Asiste a la Universidad de La Habana de donde egresa ostentando dos títulos: por un lado, el de odontólogo y por otro, el de doctor en Pedagogía. Regresado del exilio al que lo sometiera la situación beligerante, ingresa por concurso a la Escuela Normal de La Habana y es precisamente su experiencia en cuestiones pedagógicas el motivo convocante para ser invitado a participar en la obra; México incorpora a Luis Urbina, poeta romántico y ex director de la Biblioteca Nacional. El último de los notables es un argentino, Adolfo D. Holmberg, perteneciente a una familia de naturalistas que actúa como funcionario técnico en el Ministerio de Agricultura de la Nación. Sobrino de Eduardo Ladislao Holmberg, también dirige desde 1914 el Zoológico de Buenos Aires, innovando las técnicas aplicadas al hábitat de los ejemplares alojados en el parque, reemplazando las jaulas tradicionales por la construcción de predios con murallones defensivos dentro de los cuales, las amplias fosas permiten a las fieras un más cómodo desplazamiento. Además de su pertenencia parental, Adolfo Dago Holmberg acompaña a Estanislao Zeballos en la fundación y conducción del Instituto Popular de Conferencias, la iniciativa empresarial de *La Prensa* interesada en la divulgación de la cultura.

Los objetivos pretendidos por la enciclopedia para las jóvenes generaciones

La cultura grecolatina lega, bajo la denominación de enciclopedia, una práctica que procura acumular en un texto apto para transmitir y difundir, el conjunto de saberes, conocimientos e información, correspondiente a la cultura media de una época determinada, cuya principal preocupación es la de ilustrar a las generaciones más jóvenes. Si bien esta tradición reconoce tales orígenes, es sin duda la Ilustración francesa y más concretamente, la homónima *Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, el antecedente contemporáneo adoptado como modelo por la editorial W. M. Jackson. Asociada al momento de expansión de las ideas racionalistas, pactistas y en abierta oposición a las afirmaciones dogmáticas procedentes de la escolástica y de otras vertientes del pensamiento eclesiástico, la propuesta de Jean D'Alembert y Denis Diderot, sale precisamente a la palestra como un tratado cuyos propósitos, contenidos y elaboración del texto literario están pensados intencionalmente en su calidad de diatriba al *Dictionnaire de Trévoux*, editado contemporáneamente por la Compañía de Jesús. Ya en la parte introductoria, Diderot, retomando su deseo de compilar en una obra la suma del conocimiento acumulado por la humanidad, define a la *Encyclopédie* como la evidencia de aquellos esfuerzos realizados desde las distintas ramas del saber científico pero también del técnico, sin olvidar mencionar las novedades impuestas en el campo de la filosofía por el racionalismo y el empirismo. Tales bases de sustentación lo conducen a descalificar las posiciones fundamentalistas todavía vigentes en la religión o en la política. Esa contienda ideológica se erige como punto de partida del cual emana, una vigorosa corriente de pensamiento, el positivismo, particularmente en su estadio "crítico-revolucionario" en el cual el proyecto es alcanzar una ciencia verdaderamente neutral, alejada del fanatismo clerical y del autoritarismo político del *ancien régime*⁵. En consecuencia, los núcleos de comprensión se dirigen a construir una visión crítica distante de dogmas oscurantistas y a favorecer la aceptación y tolerancia de las diferencias culturales. En cuanto a la organización formal de la obra, ésta se realiza a partir de criterios de racionalidad, en función de las facultades y de las ciencias propuestas por el británico Francis Bacon, apelando a las "referencias" como el instrumento clave que orienta la búsqueda del lector en esa maraña de información.

Con una intencionalidad ideológica diferente, visible particularmente en el tratamiento de los contenidos, el *Tesoro* hace uso del mismo recurso formal, organizando los saberes de acuerdo con indicadores temáticos orientadores, proveyendo criterios de historicidad al tipo de información registrada que emana de los diferentes campos de la actividad humana en el transcurso del tiempo. En el plan propuesto por la colección, se incluye una posible definición asignada al

⁵Cfr. LOWY, Michael *¿Qué es la sociología del conocimiento?*, Fontamara, México, 1991, pp. 16y ss.

término. En el tomo V de la obra, el de la sección denominada “El libro de los Por Qué”, se formula como la siguiente:

Es una palabra griega, compuesta por el adjetivo *enciclos*, que significa ‘circular’ y del sustantivo *paideia*, que equivale a ‘instrucción’. Primitivamente, se empleó esta palabra para designar el conjunto de los varios ramos del saber humano, cuando aún las ciencias y las artes no habían alcanzado el gran desenvolvimiento actual, y por tanto venía a ser algo así como todo el depósito de cuanto se sabía. Sin embargo, al paso de que los conocimientos se ensanchaban, crecía la dificultad de encerrarlos en una sola obra, hasta llegar a ser imposible; y entonces se hizo necesario distribuir sistemáticamente los conocimientos más importantes y generales de las ciencias y las artes (...) por lo tanto, la acepción moderna de la palabra es: una obra en la que se exponen de un modo general y sin descender a pormenores, todos los conocimientos humanos, especialmente las ciencias físicas o estudio de la naturaleza y sus leyes; la historia de la humanidad; las bellas artes en todas sus manifestaciones y la tecnología y comercio, o sea el estudio de las industrias y de su intercambio en las cinco partes del mundo⁶.

Con tal convencimiento acerca de los contenidos sustanciales sobre los que se organiza una enciclopedia, los editores descuentan la amplitud de los niveles de consumo masivo que puede alcanzar el emprendimiento, debido a su “utilidad en las escuelas y su perentoria necesidad”, al ofrecer “un estudio provechoso de las ciencias, las artes y los oficios y (...) noticias de diferentes materias, con gran prontitud y facilidad”.

El primero de los tomos está precedido por dos exposiciones cuyo propósito es transparentar los objetivos declarados en cuanto al lector potencial esperado y a la organización de los campos temáticos incluidos en la obra, así como una suerte de campaña publicitaria acerca de las ventajas adicionales provistas por ese consumo espiritual⁷. En este sentido, la Introducción a cargo del propio compilador—Estanislao Zeballos— parte de un aserto con fuerte carga de los costados evolucionistas y deterministas que nutren el corpus del positivismo, paradigma rector de esos pensadores. Afirma Zeballos: “Los educacionistas europeos y americanos que han intervenido en la instrucción pública de los Estados de la América del Sud, están de acuerdo en reconocer la precoz intensidad intelectual de sus niños”.

Tal supuesta constatación deviene —para Zeballos— tanto de la benignidad del clima como de una dieta alimentaria higiénica y saludable y adjudica a “ciertas influencias termoelectricas de la tierra aun no bien determinadas” la potencialidad biopsicofísica de esa población infantil. Desecha, por su escasa representación en estos vastos territorios, a “niños mentalmente retardados” ya que entre “las masas semi-indígenas de los países más pobres, los niños parecen cobrar vigor en su vida infantilmente nómada, descalzos, siempre en contacto con la tierra que vigoriza y desinfecta (...) rebosantes de salud (...)”.

⁶*El Tesoro de la Juventud*, Tomo V, p. 1771.

⁷ Las citas que siguen, correspondientes a la “Introducción” a cargo de Estanislao Zeballos y “Un libro de cultura media general”, escrito por Miguel de Unamuno, inauguran el Tomo I de la edición consultada, páginas 9 a 16 inclusive.

Los optimistas preconceptos se utilizan como verdaderos posibilitantes de una innata inclinación a la curiosidad, como clave de la adquisición del conocimiento tanto práctico y cotidiano como del que es su natural corolario, el conocimiento científico. Para coadyuvar a ese proceso adquisitivo es que se ha pensado en esta enciclopedia, a la que califica como “una obra civilizadora; (...) elemento concurrente, que se propone servir y estimular la honrosa emulación cultural de los gobiernos, de los hogares y de los niños de Sud América”.

Las bondades que entraña su lectura son ampliadas en el segundo exordio, a cargo de Miguel de Unamuno, que califica en su título –“Un libro de cultura media general”– la finalidad de democratizar o mejor aún, homogeneizar los saberes alcanzados gracias a la era de la ciencia y a la cultura moderna. Así como Zeballos acude a argumentaciones vinculadas al mejoramiento de la especie humana a través de la temprana formación de sus recursos futuros, el pensador español apela a otros rasgos y presenta al *Tesoro* como “una enciclopedia popular (...) acerca de todo para todos (...) Para los jóvenes de espíritu, para aquéllos que conservan fresca y vivaz la curiosidad, que es la juventud del espíritu.” Desde su perspectiva discursiva, Unamuno amplía el horizonte de potenciales usuarios de la obra, homologando –también con una visión evolucionista– a los niños con la *gente común*. Al respecto afirma:

Ese puro deseo de conocimiento, sin ulterior propósito de aprovechar lo aprendido, se encuentra en los niños y en la gente del pueblo, no maleada por sofisticaciones. ‘Yo no quiero que me den ideas, sino que me cuenten cosas’, me decía un hombre de pueblo. Y aun cuando lo que él llamaba cosas eran ideas también, comprendí bien claro la distinción que establecía entre unas y otras. ‘No quiero filosofías’ (...) Lo que él quería eran resultados concretos, indiscutidos y aceptados por todos, de las distintas ramas del saber

Y esta capacidad es la que para Unamuno garantiza esta obra, cuyos campos temáticos proveen al lector del umbral mínimo “de lo que debe saber un hombre culto”. Precisamente, estas reflexiones destacan la exigencia de una *cultura media general* social en una comunidad de ciudadanos para los cuales, la “cultura científica” adquiere un valor instrumental dirigido a otorgar autenticidad en el mundo de las representaciones pero también de las prácticas sociales. Y en tal dirección, la materialidad de la colección se constituye en el soporte del conocimiento acumulado a través de la ciencia, pero organizada –a diferencia de obras de consulta o de especialización– con un confesado “sentido humanístico” y presentada apelando a la estética como disparador de la curiosidad que fertiliza el afán por conocer. Para el filósofo, “hasta las ciencias más abstrusas, más matemáticas o puramente racionales, (...) más libres de historia, cabe exponerlas con un cierto sentido histórico y humanístico. La historia de una ciencia es muchas veces más educativa que la ciencia misma”. De la misma manera, aprueba la incorporación de grabados, estampas, láminas

u otros recursos artísticos que sirven de eficaz señuelo a esa curiosidad inaugural:

Cualquier pedagogo sabe que el grabado es el mejor excitante para que el niño se mueva a aprender a leer y el adulto se interese en enterarse de algo. ¿Hay nada más atractivo que hojear, ojeándola, una enciclopedia ilustrada? Por algo *ilustración* quiere decir, de un lado, riqueza de conocimientos –‘es un hombre muy ilustrado’– y de otro lado, documentación gráfica –‘un libro muy bien ilustrado’. También aquí se deslizan las bases doctrinarias de la “república de las ciencias.

Si por una parte el conocimiento científico es la natural derivación de los saberes acumulados por el sentido común, por otra, se enfatiza la finalidad práctica que lo acompaña, orientado a una transformación superadora de los elementos negativos que acosan al bienestar de la humanidad, acción que se encuadra en la consigna del *progreso material* como su instrumento congénito.

Este enfoque adoptado en la organización de la colección conlleva otros beneficios materiales y espirituales. Por una parte, ofrece la inclusión en el hogar de una pequeña biblioteca ya estructurada sobre la base de los principales conocimientos indispensables para la vida –especialmente la que transcurre en las ciudades– y ahorra al lector del esfuerzo de su búsqueda. Por otra, la estrategia de privilegiar el “valor literario” sobre el “rigor didáctico” provoca el estímulo a la inteligencia pero también a la imaginación. Aquí también se visibilizan las expectativas modernizadoras que impone la posesión del bien cultural: su incorporación al mobiliario hogareño certifica la pertenencia al mundo letrado; la administración intelectual de los saberes que ofrece, organizados sobre la base de sus contenidos antes que por la habilidad transmisiva, multiplica las potencialidades del pensamiento de una persona moderna.

A estos fundamentos orientados a convencer a los futuros usuarios, Unamuno añade otras ventajas en un mundo donde el crecimiento de las ciudades provocado por el “terrible éxodo” rural, tiene en esta herramienta cultural un antídoto: “la vida rural, la *country life* se hace más soportable merced a un grado de cultura y al aliciente de la lectura (...) El libro suple a la vida social (...) Y para un retiro así, en el campo, ¿qué mejor que un libro como éste?”

Por su parte, la apelación final refuerza el objetivo homogeneizador de la propuesta editorial. Es que igualando las posibilidades de acceder a la información y a los múltiples saberes generados por la ciencia, se logra superar la ausencia de una educación formal, de la misma manera que la invención de la imprenta multiplicó la difusión del conocimiento retenido antes en claustros y universidades: “(...) de parecido modo, una enciclopedia como la de este libro sustituye a un bachillerato (...) Un libro como éste, una enciclopedia popular, puede y debe ser uno de los mejores presentes que se le puede hacer a un pueblo. Está indicado para una biblioteca popular, para una escuela, y lo está para el hogar”.



La organización interna de la obra

Si esos son los objetivos expresados en las respectivas alocuciones, la estructuración temática articula los niveles de información de carácter científico, histórico o literario con otros que proveen recursos para un entrenamiento en destrezas prácticas o saberes instrumentales. Conocimientos básicos de aquella contemporaneidad sobre astronomía, biología, geografía e historia se combinan con una antología poética de carácter universal, literatura infantil clásica o secciones destinadas a la recreación y al ocio productivo.⁸

El volumen con el que se inicia la colección y el cual, como se indicó, está precedido por las “cartas de intención” de Zeballos y de Unamuno, adquiere en la masa de información que despliega, un simbolismo donde se combina la solemnidad de lo inaugural con la reverencia a una bien ganada celebridad. La visión positivista, cosificando los fenómenos naturales y los productos de la interacción humana, destaca aquella combinación. Desde los apartados que se relacionan con la astronomía, biología y otras ciencias de la naturaleza, las consideraciones están desarrolladas en directa referencia a una información somera acerca del concepto de universo, aventurando las hipótesis en boga sobre los orígenes de la tierra y de la aparición de la vida en ella. No escapan al inventario astronómico los elementos del sistema solar (planetas, satélites, asteroides y demás elementos observables directa o indirectamente en el firmamento), el principio heliocéntrico de su funcionamiento, el movimiento continuo observable en los fenómenos celestes en tanto principio inmanente a la naturaleza. De esta manera, la obra toma distancia de las llamadas “teorías catastrofistas” que sostenían la existencia de cataclismos como vehículo de transformación de la tierra y se aventura, desde cierta perspectiva, a alinearse con las teorías evolucionistas aportadas por estudiosos como Wallace y Darwin. Pero es sugerente que, a pesar de las múltiples evidencias de un conocimiento certero acerca de la teoría de la evolución de las especies, no se menciona a su creador, Charles Darwin, omisión sospechosa si se tiene en cuenta que su texto *El origen de las especies por medio de la selección natural* logra una vasta circulación desde 1859. Varias pueden ser las razones que motivan este silencio. Por una parte, la que deriva de la vigencia que se mantiene en el escenario científico acerca de algunos puntos oscuros en la propia teoría evolucionista, especialmente en lo referido a los mecanismos de transmisión hereditaria. Por otra, la fuerte presión ejercida por instituciones confesionales – especialmente por la iglesia católica– en torno a las innovaciones propuestas por el científico británico, en la medida que ellas descalifican el origen divino de la humanidad. Y en esta última argumentación crítica pueden haberse ubicado las

⁸ La colección está organizada en catorce capítulos de acuerdo con los criterios generales: La historia de la tierra; El libro de América Latina; Cosas que debemos saber; El libro de nuestra vida; Los dos grandes reinos de la naturaleza; El libro de los “por qué”; Hombres y mujeres célebres; El libro de las narraciones interesantes; Los países y sus costumbres; El libro de la poesía; Historia de los libros célebres; Juegos y pasatiempos; El libro de los hechos heroicos; El libro de lecciones recreativas.

probables reservas que algunos de los colaboradores de la colección hayan tenido respecto al tema. De la misma manera, las secciones referidas a contenidos más humanísticos son organizadas también atendiendo a la significación histórica y temática que exhiben. Este rasgo se hace particularmente notable al revisar los núcleos temáticos que integran secciones tales como “Hombres y Mujeres Célebres”, “Los Países y sus Costumbres” o “Historia de los Libros Célebres”. En todos ellos, parecen reivindicarse las prelaiones o los rasgos fundantes o epopéyicos adjudicados a determinados prohombres o acontecimientos. Es así que en la primera de ellas, se detecta una voluntad asociativa que vincula el mundo de la naturaleza con el histórico. Bajo el subtítulo de “Los hombres que dieron a conocer el mundo”, se explicita que la sección está destinada a informar sobre la vida de hombres ilustres, que tienen que ver con los descubrimientos geográficos, destacándose en tales empresas las figuras de Marco Polo, Cristóbal Colón, Vasco de Gama, Fernando de Magallanes y Sebastián Elcano, pioneros de viajes científicos, algunos de los cuales tienen su reiteración en los más tardíos de sir Francis Drake. De la misma manera, los hallazgos e invenciones necesarios al avance técnico y científico ocupan una mención privilegiada a la cual se incorporan inventores, artistas y pensadores que resultan ser merecedores del reconocimiento de la posteridad. En esa enumeración no quedan ausentes los personajes que se relacionan con las historias nacionales, recordados fundamentalmente por su heroísmo y amor a la patria, como Judas Macabeo y su lucha por el pueblo de Israel, las legendarias andanzas de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, o los líderes de la resistencia de Gales y de Escocia frente al dominio inglés, así como las hazañas de Juana de Arco en defensa de la Francia invadida por los británicos. A todos ellos se suman Guillermo Tell y Jorge Castriota, no estando ausentes del homenaje, libertadores más contemporáneos, como Garibaldi para el caso italiano o Luis Kossuth, héroe emancipador de Hungría frente al dominio austríaco. El mercado de consumidores de la obra obliga a agregar en tal inventario a los próceres de América Latina: San Martín, Sucre, Bolívar, Artigas, Hidalgo, Martí. Hasta aquí, la rememoración cobra un alto contenido político, definido en términos de “patriotismo”. Pero el homenaje también se dirige a exaltar a quienes deben su nombradía a su innegable labor en ese sostenido progreso. En esta dirección, los adelantos en el transporte y la comunicación parecen ser los motivos del mayor asombro y los predecesores de Robert Stevenson, Thomas Newcomb, William Murdock y otros aparecen como la necesaria cadena de eslabones hasta llegar a la creación de los ferrocarriles, con la invención de Robert Stevenson. En la línea de progreso posibilitada a través del “camino de hierro” que alcanza a todos los continentes, se incluye también la empresa acometida por los hermanos Clarck, chilenos, que diseñan el Ferrocarril Transandino, logrando unir Buenos Aires con la frontera con Chile. Pero la pasión por dominar la naturaleza con el mismo objetivo de achicar las distancias, perdura en otra de las secciones –“Cosas que debemos saber”– donde se enuncian los esfuerzos que se vienen realizando por lograr la navegación aérea,

ponderando las diferentes construcciones que ese interés origina, tales como cometas, dirigibles, globos aerostáticos o planeadores y destacando los avances realizados en el campo de la aerodinámica y estabilidad de vuelo, exponiendo a través de una ilustración, el esquema del aeroplano inventado en 1903 por los hermanos Orville y Wilbur Wright, en procura de armonizar los elementos constitutivos de la máquina, a fin de lograr el desplazamiento por la atmósfera. Además de las primeras incursiones hechas por estos norteamericanos, la gran proeza parece haber sido la del brasileño José Santos Dumont, quien realiza sus pruebas en Francia en 1906. Propósitos similares de conmover al lector a través del relato, la fotografía o el dibujo se detectan en la sección dedicada a hacer conocer los rincones geográficos del planeta. Más allá de posibles condicionamientos que obedecen al propio proceso de edición de la enciclopedia, los criterios empleados para bajar la información recurren a combinar la significación otorgada a la densidad histórica con la fama contemporánea que ofrecen los sitios paradigmáticos de la modernidad. En tal encuadre, “Los países y sus costumbres” se abre con una descripción histórica, geográfica y etnográfica acerca de “la nación más antigua del mundo” –China– datos que son acompañados por una consistente cantidad de ilustraciones, grabados y reproducciones pictóricas acudiendo a imágenes en blanco y negro, sepia o en color. De ese Oriente milenario, la sección hace un salto de milenios y continúa con los comentarios y detalles de la bien reputada “ciudad luz”. Monumentos, bulevares, edificios o rincones típicos del París de inicios del siglo XX certifican lo que se afirma a través de la escritura. Esa ojeada universalista se retrotrae nuevamente en el tiempo y se clausura con las referencias a la región helénica, bajo el intencionado subtítulo de “Los esplendores de la anti- gua Grecia”, estableciendo una verificación recíproca entre el mundo mítico de los poemas homéricos y las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en aquella contemporaneidad, aproximando criterios de verosimilitud a lo que aparentaba quedar encerrado en la clave legendaria. Con tal encuadre, palabras e imágenes registran la fecundidad de civilizaciones nacidas y desarrolladas en el mundo egeo, patentes en la organización política, el arte, la ciencia y la filosofía, acervo cultural que domina más allá de su conversión en provincia romana en el siglo II a. C. Esa potencialidad explica “cómo la Grecia cautiva, cautivó a su soberbio conquistador”. En la misma tonalidad de homenaje, se abordan los comentarios a los libros seleccionados como los de mayor gravitación universal. La reseña introductoria afirma que *El marino naufrago* –símil de Simbad el Marino– es la narración más antigua conocida (2.500 años a. C.) aunque el verdadero punto de partida de la alta literatura está representado por los poemas homéricos. Si bien se reconoce la posibilidad de que ambas obras fueran meramente tradiciones recogidas a través del tiempo y cantadas por aedos y rapsodas de la Antigüedad, vacilación que incluye hasta la propia identidad del supuesto autor, su trascendencia conduce invariablemente a la figura de Virgilio, que completa con su *Eneida*, la trilogía épica al conjugarse –en los dominios del mito– con la

Ilíada y la *Odisea*. En la galería de clásicos, la referencia salta a principios del siglo XVII, cuando Miguel de Cervantes invita a compartir la mirada crítica al género de novelas de caballería, a través de las aventuras de Don Quijote. Cada uno de los tratamientos y exégesis dedicados a los textos, se detiene y subraya aquellas situaciones, nombres, personajes u objetos que se han incorporado en tanto signos culturales de la sociedad, como el caballo de Troya, el término odisea, los usos metafóricos de la manzana de Eris, la isla de Barataria, los molinos de viento, etc. De esta manera, la intención de los forjadores de la obra apela a la seducción del lector, con recursos apropiados que, expresando los códigos del saber enciclopédico, se afincan en el lenguaje coloquial popular, en el cual significantes y significados se armonizan. Completan similares propósitos, otros met mensajes del resto de los apartados: “El libro de los hechos heroicos” vuelve a manifestar el respeto por quienes han merecido la consideración pública en razón de sus conductas, acciones o decisiones de vida. Si bien de alguna manera completa el capítulo de las celebridades, en éste lo memorable se da sobre todo en la calidad arquetípica de los hechos ocurridos, más que en los personajes, rasgos que asegura la perdurabilidad en la memoria de la humanidad. En esta oportunidad, las valoraciones se dan en torno a la valentía, la ecuanimidad, la caridad, la solidaridad, el amor maternal, la voluntad, demostradas a través de la historia por hombres y mujeres, en una selección en la que sobresalen los sacrificios de los mártires del cristianismo. En el terreno ficcional, “El libro de las narraciones interesantes” reúne con idéntica vocación moralizadora cuentos infantiles de reconocida tradición europea, relatos mitológicos de diversas procedencias culturales, anécdotas de historias nacionales, fábulas de la antigüedad y de reconocidos autores de origen español que descuellan en el mismo género, en una estrategia discursiva complementada por ilustraciones atractivas, de fácil llegada al mundo de los intereses infantiles. Con una modalidad similar, “El libro de la poesía” introduce al lector en el mundo de la poesía lírica, épica o popular. Se inicia advirtiendo las diferencias entre la prosa y la poesía, declarando que esta última “es la música de las palabras”. Y esa alabanza estética se intensifica al afirmar que “la prosa de la vida la constituyen todos los actos materiales, comunes también a las bestias, la lucha por el pan de cada día (...) la vulgaridad en fin”. En tal encuadre, el reconocimiento a la actividad poética en tanto expresión de la sublimación del espíritu humano, retorna en la búsqueda de arquetipos— a la tradición homérica, ponderando la meritoria función de los *bardos*, como emisarios encargados de festejar las victorias obtenidas por otra casta de los tiempos heroicos: los guerreros. Ese preámbulo constituye el umbral ideológico a partir del cual se enuncian e informan aspectos más convencionales del arte poético: sus diferencias formales con la prosa, los géneros habitualmente reconocidos en la poesía, los elementos y conceptos necesarios para la construcción de escritos en rima (sincronía, métrica, figuras, rimas consonantes e imperfectas, etc.). Una vez aclarada la normativa, el texto historiza fundamentalmente la poesía castellana, con el *Cantar del Mio Cid*, como expresión liminar de tales

creaciones. Obviamente, el tratamiento de los autores que transitan el *siglo de oro* español es pormenorizado y a la vez elogiado, para ubicarse luego en los movimientos literarios más contemporáneos que influyen también sobre la producción poética, especialmente el *modernismo* o *decadentismo*, cuya figura descollante, para la poesía latinoamericana es sin duda, Rubén Darío, “quien a pesar de sus excentricidades y rarezas métricas” lidera la estética creativa. Pero tal reconocimiento no empaña los merecimientos de Andrés Bello, “más sabio que poeta”, cuya composición *La agricultura de la zona tórrida* se presenta como un “excelente modelo castizo, hermosa versificación y acabada armonía entre pensamiento y forma”. Las consideraciones preliminares abren las páginas de historia de la poesía, destacando escuelas, periodos y autores prominentes, tanto en el escenario ibérico como en el hispanoamericano. Como se indicara anteriormente, las secciones “Juegos y pasatiempos” o “El libro de las lecciones recreativas” constituyen espacios destinados tanto a un aprendizaje más sustentado en el entrenamiento a través de recursos técnicos en el conocimiento de lenguas extranjeras, nociones básicas de la composición musical y entretenimientos y construcciones lúdicas que alivian, de alguna manera, la seriedad y solemnidad del resto de los contenidos. Un comentario aparte merece “El libro de América Latina”, sección explícitamente a cargo de Estanislao Zeballos cuyo propósito es informar sobre los países que al momento integran las naciones latinoamericanas, deteniéndose en los procesos constitutivos como tales, su cultura y su economía. Esa estrategia concluye con un objetivo de carácter didascálico:

(...) al observar el florecimiento y prosperidad crecientes de que gozan los más importantes de estos estados, merced a la inteligencia y perseverante laboriosidad de sus habitantes, recogerán los lectores una enseñanza utilísima sobre la ley que obliga a los pueblos a avanzar en el camino del progreso, huyendo del estacionamiento, que es síntoma de desaparición y de muerte.

El mecanismo de etnocentrismo lo conduce a afirmar –sin hesitación alguna– el origen americano del primer hombre, basándose en las expediciones paleontológicas y arqueológicas llevadas a cabo por reconocidos científicos y a concluir “que el estado de las investigaciones del suelo demuestra cómo los hombres más antiguos de que se tenga noticias aparecieron en tiempos inmemoriales en el territorio donde hoy florece la República Argentina”. En tanto perteneciente a las “tierras nuevas”, el relato se detiene en las culturas originarias preexistentes a la llegada de los conquistadores españoles, calificadas como *salvajes*, modificadas tras el contacto con el mundo hispánico. Esos pueblos primitivos logran ser disciplinados por los “caballeros y soldados que se habían ilustrado y batido en las guerras contra los árabes, Italia y Flandes” y humanizados por la acción evangelizadora de los miembros de las órdenes religiosas. No obstante esta visión negativa, recupera valorativamente su bravura, afirmando que “esta heroica guerra de razas y de conquistas del hombre primitivo no ha terminado en Sudamérica, pero en la República

Argentina se da por concluida en 1880 por la derrota y sumisión final de pocos millares de indígenas que aún vivían independientes”, en alusión directa a la expedición de Julio Argentino Roca, de la cual el propio Zeballos participa. Más allá de la beligerancia y el rechazo a esas formas de barbarie, confía en la acción del mestizaje, que supera conflictos entre etnias. “Hoy el problema de las razas ha desaparecido en la República Argentina, por la absorción de los indígenas y porque no existen negros, sino como ejemplares de curiosidad (...) se mezclaron las sangres, las lenguas, las religiones y las costumbres”. Al referirse a las tierras descubiertas y sometidas a la corona española, reseña las situadas en la cuenca del Plata. A partir de ese inicio, los apartados detallan aspectos vinculados a la geo- grafía y la historia de cada uno de ellos, a los cuales añade algunos comentarios culturales, notas turísticas o curiosidades que le son características. En su trata- miento se advierte cierta asimetría manifestada por ejemplo, en el espacio mayor insumido por las glosas dedicadas a la Argentina y a Uruguay. Aunque para el caso de la primera no se lo explicita, es indudable por las tareas asignadas en el inicio de la obra, que ellas responden a la pluma de Estanislao Zeballos, mientras que las autorías de los datos referidos a Uruguay están rubricadas por José Enrique Rodó y por Abel Pérez.

Interrogantes residuales y reflexiones finales⁹

Como se indicara en las primeras páginas, uno de los “enigmas” vinculados a la colección se refiere al año de edición de la obra. De acuerdo con los datos obtenidos hasta ahora, tal tarea exige aplicar ciertas habilidades aritméticas, agudeza en la observación y alguna perspicacia en la capacidad deductiva. Evidentemente, el esfuerzo editorial evidencia una magnitud tal, que sus elementos constitutivos se mantienen en ediciones posteriores. Sin embargo, en ellas hay otras novedades: se suprimen algunas cuestiones, se agrega información más actualizada –la cual se hace más minuciosa o no, en virtud del conocimiento disponible respecto al tema– e incluso se modifica el equipo de colaboradores especialistas o directamente, se lo elimina. En la edición trabajada centralmente, figuran ciertos indicios que inducen a suponer que la fecha aproximada de su lanzamiento transcurre en los años que van desde 1910/1912 a 1920. Tales conjeturas encuentran su fundamento en las siguientes pistas: por una parte, las contribuciones realizadas en el nivel gráfico: vestimenta, paisajes urbanos, fotografías o diseños testimoniales de determinados elementos arquitectónicos, obras de ingeniería, artefactos o maquinaria tienden a ubicar el relato en esas fechas. Por otra, los datos biográficos que se disponen del equipo de conducción de la obra obligan a pensar en estas fechas, ya que algunos desaparecen en 1917 –como el caso de José E. Rodó– o en 1923, fecha del fallecimiento de Zeballos. En tercer lugar, y referido a la fuente que se

⁹ El término residual no alude en lo referido a “interrogantes”, a aspectos complementarios o subordinados; por el contrario, su intencionalidad se dirige a señalar las cuestiones pendientes de una investigación más exhaustiva, precisamente sobre los problemas emergentes de esta primera aproximación.

analiza, puede suponerse que es una de las primeras reediciones puesto que aun cuando la centralidad informativa se halle en tal periodo, se hacen breves alusiones a datos u ocurrencias históricas más recientes, pero que esa contemporaneidad impide un razonamiento más objetivo y consistente sobre ellos. Por ejemplo, en el tomo V en su sección “Cosas que debemos saber”, se da cuenta de los avances de la navegación aérea, mostrando el diseño de distintos tipos de aeroplanos a través de fotografías tomadas en 1919: el hidroplano naval que cruza el océano Atlántico desde Nueva York hasta Lisboa, pasando por las Islas Azores; el dirigible de origen británico que recorre el espacio aéreo desde Escocia hasta Long Island y el aeroplano Vickers-Vimy-Bomber, que en su viaje transatlántico sobrevuela sin escalas diversas regiones, hasta descender en tierras escocesas. En el mismo tomo, al describir “la tierra de muchas razas” (Austria y Hungría), indica que “para 1914, la dual monarquía era una miscelánea de pueblos” que luchan por su independencia y autonomía. El texto sugiere que al finalizar la guerra (la mundial) se asiste al resquebrajamiento del otrora gran imperio austro-húngaro y a levantamientos políticos y sociales, vaticinando que “si Austria y Hungría pueden o no existir como repúblicas independientes, es cosa que el tiempo solamente nos mostrará”. De la misma manera, en el tomo II, en las páginas destinadas a describir procesos históricos seculares ocurridos en Buenos Aires, selecciona el encuadre temporal entre su segunda fundación en 1580 y el año 1916, ampliando el relato con grabados y fotografías que destacan los progresos alcanzados por la metrópoli en los primeros años del siglo XX. Otro ejercicio deductivo lo ofrece la información contenida en el tomo XVII, cuando en su sección “Juegos y pasatiempos”, enseña el modo de “llevar un cuaderno de momentos históricos”. Si bien convencionalmente elige como umbral lo que se considera la Edad Moderna, elección que queda justificada por la invención de la imprenta, se clausura en el año 1914, fecha clave por ser el “comienzo de la Gran Guerra y apertura del Canal de Panamá”. Esta búsqueda acerca del año de la edición original, que a veces se acerca más al acertijo que a la indagación histórica, parece resolverse en la edición de la obra en el año 1962, en cuyas referencias editoriales se indica que el lanzamiento se hace en conmemoración con el 50 aniversario de la primera edición, con lo cual se fortalece la hipótesis sustentada, dado que ella se remonta a 1912.

Si bien la cuestión de la fecha constituye uno de los problemas pendientes, la propia ponderación de los textos y contenidos que de ellos emanan, así como las concepciones filosóficas o ideológicas de los colaboradores aportan mayores elementos dilemáticos. Aun cuando la disposición inicial al comenzar el trabajo parte del supuesto de que la enciclopedia forma parte de los mecanismos operacionales de reproducción del credo positivista, consideraciones posteriores invitan a ciertos replanteos sobre tal pertinencia o ajuste. Por una parte, la propia información contenida en el tomo XVII, en su sección “El libro de los ¿por qué?” se expone el significado de la palabra “positivismo”:

El positivismo es una especie de sistema filosófico nuevo, inventado por un francés, Augusto Comte (1798-1857). Comte profesaba la teoría de que toda nuestra ciencia se reduce al conocimiento de las cosas que nos rodean. Creía que las ideas de los hombres presentaban tres etapas. En la primera, creyeron en los dioses o en Dios; en la segunda, creyeron en toda clase de palabras abstractas; y por último, en la tercera, que él llamaba la etapa positiva, limitaron los hombres sus creencias a las cosas acerca de las cuales podían adquirir conocimientos positivos. Su sistema filosófico comprendía numerosas reglas para encauzar la sociedad humana y dedicaba grandes cuidados a la educación de la juventud. Suele dársele a menudo el nombre de 'religión de la humanidad' porque Comte opinaba que los hombres deberían rendir culto a la Humanidad, a ese Gran Ser del cual todos forman parte; e inventó un nuevo calendario en el que se conmemoraban los nombres de los hombres ilustres de los tiempos pretéritos. El positivismo tiene muchos elementos nobles y bellos, pero ni en un solo caso, elegido entre millones de ellos, puede satisfacer a la humana naturaleza; y por eso, *aunque existen todavía positivistas en varias regiones del globo, su número es en extremo reducido, y las esperanzas de Comte han resultado fallidas*. Fue Comte, sin embargo, un ilustre y concienzudo estudioso (sic) de la sociedad; descubrió varias verdades importantes relativas al género humano y dijo cosas tan sabias y profundas que su nombre no puede ser olvidado, a pesar de ser un perfecto fracaso el sistema filosófico que inventara.¹⁰

Las afirmaciones expresadas con tanta contundencia acerca de la escuela positivista provocan ciertas reflexiones: en primer lugar, no obstante la significación otorgada a ella en totalidad y en el señalamiento intencional de algunos de los aspectos constitutivos, el texto concluye por reconocer su declinación en ese momento. Más aún, declara que el sueño comtiano ha resultado ser un *perfecto fracaso* y que ello deviene de que en definitiva, no puede dar cuenta ni dar respuestas certeras que satisfagan las necesidades de la naturaleza humana, aserto que implica la no resolución de cuestiones vinculadas a aspectos ontológicos o metafísicos, lo cual otra vez pone en debate los mentados estadios evolutivos (religioso, metafísico y positivo) propuestos por Augusto Comte. En segundo lugar, aquella explicación tiende a relativizar la rigidez del encuadre positivista en los objetivos de la colección, reforzando aquellas dudas respecto a su posicionamiento frente a la teoría darwiniana, que permanece innombrada, aun cuando se utilicen sus argumentaciones y justificaciones. Asimismo, en las informaciones que procuran ensalzar las acciones humanitarias, se advierte algún sobredimensionamiento de enfoques y relatos hagiográficos. No obstante esa propensión hacia las hazañas o hechos memorables a cargo de mártires, santos o personajes canonizados o a punto de serlo, lo que el mensaje estimula es la emulación de modelos humanitarios en concordancia con los valores levantados por el liberalismo. En tercer lugar, la detección de rasgos que escapan a la ortodoxia positivista alimenta alguna hipótesis acerca de las actitudes reconocibles en ciertos datos

¹⁰ *El Tesoro...*, cit., Tomo XVII, p. 5863. Las cursivas son nuestras.

biográficos del equipo de especialistas. En realidad, tales conjeturas no descuentan la indudable influencia que todavía tiene en esos años la iglesia católica sobre una feligresía que mayoritariamente pertenece a ese culto, circunstancia que le otorga capacidad de presión sobre el poder público, interfiriendo en ciertas áreas de sus políticas. Pero además de esa variable de carácter contextual, es evidente que en aquellos rasgos personales pesan la procedencia ideológica o las apoyaturas filosóficas que exhiben algunos de los miembros del plantel directivo de la enciclopedia. Como se expresara anteriormente, ellos pertenecen, en general, a una elite ilustrada del pensamiento liberal hispanoamericano, aun cuando tanto sus respectivas trayectorias así como su producción escrita, revelan las oscilaciones ideológicas sufridas por el núcleo en el cual están enrolados. En este sentido, se diferencian internamente por su alineamiento inicial. De un lado, se ubican quienes manifiestan una abierta posición militante en defensa de la tradición colonial, dentro de la cual proclaman el respeto a los privilegios que todavía detenta la iglesia católica y aquellos que se distribuyen en un espectro más ecléctico o cuyas contradicciones provienen de modificaciones filosóficas adquiridas que erosionan sus concepciones previas. Quizás el caso más representativo entre los primeros, sea el del chileno Alberto Edwards, abierto defensor de una sociedad estamental, seguido por el representante cubano Ismael Clarck y Mascaró quien abraza el sacerdocio en su primer estadio de formación profesional. Del resto de los cuales se dispone alguna información, se destacan los nombres del propio Estanislao Zeballos, de Miguel de Unamuno y de Enrique Rodó, a quienes se los puede situar en aquel horizonte ambivalente donde conviven creencias filosóficas de fundamentos pragmáticos y de posturas trascendentes. Quizás el recorrido que hace Miguel de Unamuno explique de alguna manera esas contradicciones. Como se anticipara, miembro de la generación del desastre, la que se data en 1898, su pensamiento gira desde las visiones positivistas y racionalistas hacia una acendrada creencia voluntarista de Dios que lo conduce a desarrollar planteos sobre la inmortalidad y la necesidad existencial de un dios como sostén y antídoto frente a la finitud de la naturaleza humana. El choque con sus anteriores certezas origina en su producción un permanente escepticismo, aun cuando permanezcan en él la manifestación de sentimientos y emociones, principios alimentados por la influencia de la fenomenología y por las figuras de Schopenhauer, Nietzsche o Kierkegaard. Un itinerario similar se encuentra en José Enrique Rodó, quien como crítico literario o como ensayista se suma a la intelectualidad latinoamericana de rechazo al imperialismo norteamericano y confronta con el pragmatismo que exhibe su cultura reputando al país como el “reino de Calibán” por abrazar valores utilitarios, que subordina el ideario heredado de la cultura clásica, adquirido por las naciones latinoamericanas a través de la mediación hispánica. Tal rechazo es precisamente el nudo central de su obra *Ariel*, a la que reputa como “sermón laico” dirigido a la juventud de América Latina. Del ideario espiritualista no escapa tampoco Estanislao Zeballos, quien se reconoce creyente, aun cuando sus prácticas y sus reflexiones distan

de las posiciones adoptadas en política por el clero argentino. Como la mayoría de los hombres de su generación, Zeballos sabe armonizar su formación religiosa devenida del ámbito doméstico con las ideas dominantes de la modernidad. Esa complementación se advierte en variadas ocasiones y en diversas calidades expositivas: como diputado, como periodista, como literato, en su intercambio epistolar, etc. Y tampoco perturba su socialización temprana la adhesión a la masonería, circunstancia repetida entre la clase dirigente argentina de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. En carta a otro diputado nacional, en 1880, expresa que “es inútil y peligroso perseguir la prensa y el movimiento del progreso social contemporáneo (...) A mi juicio, la iglesia servirá mejor sus intereses y los de la Humanidad, compartiendo francamente la reacción liberal (...)”. El debate sobre la sanción de la ley instituyendo el matrimonio civil, lo cuenta entre sus defensores y en su intervención parlamentaria reclama a la iglesia admitir los cambios mundanos y abandonar el tono condenatorio.¹¹ No obstante, tales pensamientos no le impiden reconocer la necesidad de fomentar la espiritualidad en las generaciones más jóvenes, fomento que debe necesariamente iniciarse en los primeros años de vida de las jóvenes generaciones, para lo cual recomienda:

La *razón* y la *sensibilidad* son las fuerzas dirigentes en el hogar moderno. La preponderancia excesiva de la *razón* degenera en utilitarismo y debilita las relaciones y los afectos de la familia. El predominio de la *sensibilidad*, velando el concepto real de las cosas, conduce a la vez a la desdicha individual y al infortunio público.¹²

Estas consideraciones apuntan a resaltar los rasgos antagónicos de algunos de los colaboradores de la colección respecto fundamentalmente a sus actitudes frente a la corporación eclesiástica y frente a los cambios evidentes en esa sociedad moderna que promueven, transitan e incluso gozan. Pero también ofrecen una justificación racional acerca de las limitaciones que esa prédica generalizada del mundo positivista encuentra en la cotidianeidad social. Sin embargo, la relativización no hace desaparecer algunos rasgos que están asociados a aquel discurso. Y en este sentido, uno de ellos es el *enciclopedismo*, como lo define el propio texto transcrito en páginas anteriores o los comentarios en torno a los propósitos de la filosofía comtiana en el estadio positivo: “limitarse al conocimiento de las cosas positivas”. Y en esta dirección, la selección temática organizada desde tal supuesto exhibe dos características fuertes: por una parte, su intencionalidad civilizatoria: la escala axiológica integrada por la libertad, la justicia, la equidad, la solidaridad, la tolerancia, el trabajo, el esfuerzo individual combina asimismo sus optimizaciones: la

¹¹ CORTABARRÍA, Jorge Juan “Estanislao S. Zeballos y su brega por un cardenal argentino”, en *Temas de historia argentina y americana*, núm. 8, Facultad de Filosofía y Letras, Pontificia Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, enero-junio 2006.

¹² “El Hogar. Escuela primaria de deberes y derechos”, en *Revista de Derecho, Historia y Letras*, Imprenta Jacobo Peuser, Buenos Aires, 1898, Tomo I.

filantropía, el heroísmo, la epopeya, el sacrificio o el altruismo. Si bien los casos sobre los que se la construye resumen características cuasi épicas, el propósito está colocado en despertar el afán de imitación por parte de las jóvenes generaciones. Es ni más ni menos, que la presentación de un modelo cuya ejemplaridad va a implicar su rol orientador en la vida cotidiana. Y ese mecanismo de imitación se levanta como recurso de reproducción ideológica para una ciudadanía –en el contexto republicano– de la que se espera que sea consciente pero a la vez responsable de sus derechos y de sus deberes. Por otra parte, la didáctica adoptada en la transmisión informativa mantiene un deliberado tono universalista que estimula tanto la excitación por conocer países, pueblos, culturas y tradiciones diferentes a través del relato o de la imagen, como la aceptación de esa diversidad cultural que puede ocupar un arco perceptivo desde el asombro, el entusiasmo hasta la admisión de las diferencias, con lo cual se procuran superar las contradicciones y límites entre la palabra evangélica y los principios liberales. No obstante y quizás debido a la adhesión a esos principios, la estrategia discursiva parece regirse por cánones propios de la cultura occidental. Aunque una de las secciones está referida al conocimiento del continente latinoamericano –“El Libro de América Latina”– los dispositivos racionales y axiológicos evocan las tradiciones europeas. El aprendizaje de idioma extranjero, implementado a través de las historietas ilustradas, se reduce al orientado a dos lenguas europeas: el francés y el inglés. La devoción hacia el credo revolucionario galo se hace evidente en la sección “El libro de la poesía” del tomo XII, donde se transcriben las letras de numerosos himnos europeos y sólo La Marsellesa carece de traducción al español. Más aún, en la nota aclaratoria previa se indica que “a despecho de la letra belicosa, inspirada por las circunstancias en que fue compuesta, y que en tiempos de paz no tiene más razón de existir que la de afirmar el espíritu de independencia y de patriotismo del pueblo que la canta, no ha dejado jamás de ser, en toda ocasión importante, así en Francia como fuera de ella, el símbolo armonioso representativo de la Patria”.¹³

El eurocentrismo matizado pero sistemático al que remite el espíritu de la colección conlleva, sin embargo, otro sustento: el del patriotismo que queda expresado a través de diferentes evidencias: el concepto de Patria y sobre todo de “amor a la Patria” son propuestas para ser incorporadas al universo actitudinal, con capacidad de poder traducirse en actos acordes tanto en las prácticas ciudadanas en tiempos de paz, como en los momentos en que la patria está en peligro y requiere del sacrificio de sus hijos, modelando un buen ciudadano que guarda en su interior al potencial héroe de la patria.

Si la obra, como se afirmara, no responde ajustadamente a una concepción positivista a ultranza, es indudable que ciertos elementos fundantes de esa teoría son profusamente mostrados, particularmente en todo lo que tiene que ver con el costado del lema positivista que se relaciona con la consigna del *progreso*

¹³ *El Tesoro...*, cit., Tomo 12, p. 4070.

indefinido. Como se ha explicitado en el apartado anterior, la fruición por ostentar el avance científico y técnico es una constante en el recorrido de los veinte tomos: la electricidad, los adelantos en el transporte (ferroviario, carretero, naval, aéreo), en las comunicaciones a larga distancia; las investigaciones científicas que han provocado un mejor estado sanitario, particularmente con la invención de mecanismos preventivos de enfermedades (como las vacunas); la seducción implícita en los “palacios de la magia moderna” (los cinematógrafos) y otros productos de la vida moderna son temas trabajados con “deleite”. Pero esos descubrimientos e invenciones no olvidan el beneficio de la lectura. Con el mismo objetivo, se exalta la importancia material y espiritual del “libro”, el cual es concebido como el resultado combinado de elementos procedentes de la naturaleza con los esfuerzos colectivos realizados por los seres humanos, advirtiendo que “en el caso de la presente obra, las numerosas personas que en ellas han colaborado tuvieron primero, que pensar muy detenidamente lo que habían de decir; luego fueron trasladando al papel, con gran cuidado, las ideas que tal vez durante años enteros habían estado madurando en sus cerebros; y el proceso de formación de esas ideas, hasta llegar a la forma que tienen en nuestro libro, acaso ha costado centenares y hasta millares de años”. El párrafo implica el reconocimiento de los saberes acumulados que expresan el deseo inherente a la naturaleza humana de dejar testimonios escritos que expresen sentimientos, planteamientos científicos, creaciones artísticas, emociones. Pero ellos también operan como certera motivación para incentivar los hábitos de la lectura y de la escritura, únicos vehículos aptos para informar, comprender, entretener, transmitir, en fin, conocer. Y en esa dirección, destaca el valor que el libro y la lectura tienen en el contexto social de la modernidad.

En nuestra época, todo lo que se piensa y tiene alguna importancia, ha quedado conservado en los libros; y de la misma manera se pinta o se dibuja todo aquello que es interesante o bello (...) El libro es lo único que vive eternamente (...) Esparce las ideas a través de todos los tiempos. Una idea estampada en un libro es más duradera y estable que la estatua esculpida en mármol; y en la historia del mundo, la pluma ha sido siempre más potente que la espada.¹⁴

En otro orden de cuestiones, la colección aproxima una percepción de las mujeres que si bien está encuadrada en los cánones que la sociedad patriarcal ha prescripto en términos de *género*, desliza algunos planteos que matizan esa visión tradicional y subordinada al sexo masculino, con algunas consideraciones más igualitarias. Los rasgos sexistas se descubren, por ejemplo en las magnitudes diferenciadas del protagonismo femenino. En la sección “Hombres y Mujeres Célebres” sólo aparecen sobre un total de sesenta y tres ejemplos, Cleopatra del Nilo, Helen Keller y cinco canonizadas (las santas Agueda, Catalina, Cecilia, Rosa de Lima y Ursula). Las que figuran protagonizando hechos heroicos en el apartado correspondiente, lo hacen o bien reforzando los atributos domésticos (el amor maternal o filial, la abnegación, el

¹⁴ *El Tesoro...*, cit., Tomo I, p. 396.

desprendimiento) o actuando en el espacio público de acuerdo con las normas impuestas socialmente que dictan una conducta de discreción, prudencia e incluso, resignación o la que se nutre en convicciones de tipo “fundamentalistas”. Otro indicio de esta concepción puede deducirse de los argumentos que se exponen para señalar el simbolismo de la alianza de bodas, manifestando que del primitivo encadenamiento en calidad de esclava, se transforma en la alegoría actual. Y como corolario, afirma: “cualquier cosa que representa a otra, recibe el nombre de símbolo; (...) el anillo de bodas empezó a usarse como símbolo, para significar que la mujer era propiedad del marido”. Abunda en desentrañar otras tradiciones similares, como la del viaje de bodas tras el matrimonio, que rememora el primitivo “rapto de la novia”, concluyendo que “usos inhumanos y bárbaros pueden degenerar en costumbres inofensivas (...) Sea cual fuere su origen, estos usos y costumbres son ahora de utilidad manifiesta, toda vez que cualquiera puede enterarse, a la primera mirada, de que una mujer es casada y tratarla con ese respeto especial que nos merece toda esposa y madre de familia”.¹⁵ Relatos conmemorativos son los aportados por João Luso, periodista y literato brasileño, quien selecciona cinco heroínas de la historia colonial de Brasil, indias, mestizas o blancas que pasan al recuerdo por sus cualidades personales –fidelidad, abnegación, dulzura– pero también por su temeridad y valentía. La primera, Paraguassú, casada con un conquistador, “hija de unos salvajes y salvaje ella también, que [...] supo comprender sus deberes de esposa de un hombre civilizado y consagrarle un amor imperecedero”; Damiana, la misionera, perteneciente a la tribu de los cayapoes, casada con un militar brasileño, no duda en asumir el rol de pacificadora en la lucha entre los indígenas y los colonos paulistas, abjurando de sus tradiciones y colaborando como *ladina* en el disciplinamiento de sus congéneres; Clara Carabao, valerosa indígena que organizando un batallón integrado por mujeres resiste sin éxito, al avance de los holandeses en el norte brasileño; María de Souza quien envía a combatir contra los mismos invasores a sus dos hijos adolescentes, después de haber perdido otros tantos en batallas anteriores, recomendándoles que la espada que ciñen,

(...) avive vuestra sed de venganza, enseñándoos a matar o morir tan esforzadamente que no degeneréis de esta madre y de aquellos hermanos!; Rosa María de Siqueira, quien en combate naval se enfrenta con bravura a corsarios moros, al grito de ¡Viva la fe de Cristo! y que imita a los tripulantes varones que se sacan sus ropas para apagar el fuego; Rosa María siguió también su ejemplo, hasta donde se lo permitió su natural recato (...).¹⁶

Finalmente, desde una perspectiva singular, un cuento incluido en “El libro de las narraciones interesantes” ofrece una visión un tanto más compleja acerca de “lo femenino”. Se trata de una pieza de ficción, *Pif paf o el arte de gobernar a los hombres*, subtítulo como “cuento de todos los países”, universalizando

¹⁵ *El Tesoro...*, cit., Tomo VIII, p. 2809.

¹⁶ *El Tesoro...*, cit., Tomo XV, pp. 5135 y ss.

el mensaje allí incorporado. En él se narra el difícil proceso disciplinador y educativo de un joven monarca a manos de una joven y excelente instructora llamada Pazza, nombre que recibe porque “soy demasiado loca para que ningún santo me tenga por ahijada”. En las secuencias del relato, la protagonista que obviamente, con el tiempo se convierte en la esposa del rey, asume diversos papeles ocultando su identidad. La inteligencia y la astucia la adornan con encantadora ironía e impone en el reino leyes más igualitarias: “Primera ordenanza: suprimo seis regimientos. Segunda ordenanza: un centavo en el bolsillo del labriego vale más que veinte en la caja del príncipe, suprimo pues, la cuarta parte de los impuestos. Tercera ordenanza: la libertad es como el sol: abro las prisiones políticas y suelto a los presos por deudas”. Con tales cualidades, el desenlace del relato culmina con la transferencia del poder real a sus manos: “de hoy en adelante, deposito en tus manos mi poder. El rey no será más que el primero de tus súbditos”.¹⁷

Examinada la colección como objeto de estudio, a pesar de las cuestiones que en el sentido y el propósito aún restan pendientes de una mayor verificación, puede afirmarse que ella expresa coherentemente el clima cultural y su base ideológica, que la elite ilustrada de fines del siglo XIX y principios del siglo XX promueve e impone en la tarea de *vulgarizar* los conocimientos científicos y los valores por ellos sustentados, a través de un mercado editorial ampliado. Los objetivos fundantes que persigue, si bien pueden encuadrarse en el credo positivista, no tensan algunos contenidos culturales frente a la indudable influencia que la institución eclesiástica todavía mantiene. En este sentido, la finalidad secularizadora adopta como estrategia acudir al conocimiento de lo exótico, lo diferente, más allá de lo primitivo, como posible y real, alimentando actitudes de tolerancia y comprensión. De esa manera, al lado de la palabra evangélica levanta el principio del *relativismo cultural*, devenido de los descubrimientos y propuestas teóricas de la naciente ciencia antropológica. Pero si algo nuevo se destaca en ese clima de época de permanentes invenciones y descubrimientos es la vasta información que de ellos realiza, procurando a la par que su difusión igualitaria, el ingreso condicionado de las clases subalternas a la “república de las ciencias”, trocando la fe religiosa por la confianza en las enseñanzas científicas. Una consecuencia complementaria pero no menos deseada, se da en las expectativas puestas para que la gente del pueblo abandone las pautas culturales de sus ancestros, descalificando tanto a su promoción como a sus portadores (pócimas, tradiciones, bailes, vestimentas, por un lado, gurúes, brujos, comadronas, curanderos, etc., por otro). Pero teniendo en cuenta que ese bagaje cultural representa la justificación ideológica de las relaciones capitalistas, esa expansión de informaciones y consecuente conformación de *habitus* se orienta a configurar un efectivo mercado de consumidores de las más variadas mercancías, que garanticen su

¹⁷ *El Tesoro...*, cit., Tomo II, pp. 1403 y ss.

realización. Y, entre ellas, la incorporación del libro como valor de uso, explica también los objetivos de esa propuesta editorial para la modernidad.

Versión definitiva 23/08/2017